

Daniel Gascón

Entrevista a David Rieff: “Lo woke constituye una amenaza existencial a la cultura”

Letras Libres, 18 de noviembre de 2025.

El ensayista participó en el encuentro La libertad de Vuelta en México, organizado por esta revista. ‘Deseo y destino’, su libro más reciente, es un análisis del movimiento ‘woke’.

David Rieff (1952) es uno de los ensayistas más originales y perspicaces de nuestro tiempo. Ha escrito sobre la memoria, el movimiento humanitario y los conflictos internacionales en obras como *Elogio del olvido* y *Una cama para una noche*. Crítico de las utopías y del optimismo, ha sido editor y corresponsal de guerra, y es un aguafiestas implacable, culto y políglota. Es hijo de la escritora y pensadora Susan Sontag –cuya obra ha editado– y del sociólogo y crítico cultural Philip Rieff; conoce bien varias culturas, metodologías y países; domina la crónica y el ensayo; como lector y a veces como escritor muestra cierta predilección por el aforismo. Su libro más reciente, *Deseo y destino* (Debate), es un análisis singular y brillante del movimiento *woke*. Para Rieff, se trata de una corriente subjetivista y kitsch, que encaja perfectamente con el capitalismo de nuestro tiempo y que pone en peligro la cultura por su énfasis en lo particular y su rechazo a lo universal. Este proyecto “para introducir la diversidad en la clase dominante” (por decirlo con las palabras de Adolph L. Reed, Jr., que cita Rieff), ha sido también una herramienta para el avance profesional. Esta conversación se desarrolló en Ciudad de México. Rieff había ido allí para participar en el encuentro *La Libertad de Vuelta* y promocionar su libro. Llegaba tras pasar varias semanas en Ucrania, donde viaja constantemente y donde se había dislocado una cadera. Da clases en la Universidad de Kiev y sigue la guerra de cerca.

***Deseo y destino* alude a la idea, propia de lo woke, de que puedes ser lo que quieras: la realidad no ofrece ningún límite. El deseo se impone al destino. Y tú dices: “Bueno, al final eso es un imposible”.**

Un imposible, pero es la fe, la convicción de una gran parte de la burguesía global: que puedes inventar tu propio destino y que no hay realidad, sino tu realidad. O, como ellos dicen, tu verdad. No dicen “la verdad”, dicen “mi verdad”. Y en ese contexto, obviamente, pensar en la política es imposible, porque vas a confundir tus deseos con lo que se puede hacer. Me parece que una parte de la incoherencia de la política actual, sobre todo de las lealtades de la juventud actual, viene de esa falta de realismo.

Lo *woke* es una justificación moral. Pero también viene del fracaso de la izquierda clásica. El economista serbio afincado en Nueva York Branko Milanovic tiene razón cuando habla de un sistema global capitalista sin competencia importante. La victoria de lo *woke* es, en cierto sentido, el resultado inesperado del triunfo global de varias versiones del capitalismo: la versión autoritaria china, la versión más o menos socialdemócrata europea, la versión estadounidense... que ahora está, más o menos, en los *tech bros*, imagino. Una versión, digamos, de la derecha de Silicon Valley. Si no hay posibilidad de influir en las condiciones, si no hay posibilidad de cambiar las realidades económicas y materiales, la única

posibilidad para una persona joven, idealista, es cambiarse a sí misma. Eso explica mucho del triunfo de lo *woke*.

A veces hablamos de lo *woke* y no está claro lo que es. ¿Cómo lo defines?

Hay tres dimensiones. La idea clave, para empezar, es la encarnación de una subjetividad radical. De ahí el título del libro. Tus deseos van a determinar tu destino. Ni tu ADN, ni tus circunstancias materiales, ni que seas feo o guapo: eso no importa. Tienes en ti mismo la posibilidad de determinar tu identidad y tu futuro. Y, obviamente, puedes cambiar tus identidades y “tus futuros” (con un plural entre comillas). Es una versión de la subjetividad radical que empezó con el movimiento freudiano desde finales del siglo XIX. Solo que ahora se traslada a la política o al menos a la vida social.

Esa subjetividad radical se vincula con un movimiento identitario.

Yo represento una minoría, una raza, un género, no sé qué. Las ideas terapéuticas freudianas se focalizaban en cada persona, en el individuo. Ahora tenemos el mismo “autocentrismo”. Pero este fenómeno se produce con los grupos y, sobre todo, supone la victoria de una idea: este es el momento en el que hablan las víctimas. Que sean víctimas auténticas o simplemente que se imaginen serlo no importa.

Este es el segundo elemento: una idea de reforma moral. En este sentido, lo *woke* tiene raíces, por un lado, en los movimientos de reforma cristianos. Y también, obviamente, en la tradición marxista. Cuando hablan los *woke* yo pienso siempre en las frases de la Revolución cubana: inventar el hombre nuevo, el año cero. Lo *woke* también tiene esa idea utópica: la convicción de que puedes cambiar al ser humano.

Por ejemplo, yo me he interesado mucho en el movimiento trans. Es el yo del movimiento *woke*. Porque ellos dicen, por ejemplo: “No importa tu sexo”. O: “Tengo sexo masculino, pero soy una mujer, y tienes que aceptar eso”. Se lo dicen a las lesbianas: “En términos de mi cuerpo, soy biológicamente masculino, pero me he declarado lesbiana y entonces debes cogerme, o al menos debes tener la idea de aceptarme sexualmente”.

La militancia multicultural de los años noventa, en las facultades estadounidenses o canadienses, decía: “Debes repensar tus privilegios”. Ahora el movimiento trans dice: “Debes repensar tus gustos sexuales”. Porque si no, eres tránsfobo.

Es como el año cero en la Revolución Cultural china, pero sin matar a nadie. Es una revolución cultural light. El pasado no importa: vamos a borrarlo. Y, obviamente, hablas solamente por tu grupo. Tu grupo sexual, tu grupo racial, lo que sea. Lo *woke* no ha inventado nada. Pienso mucho en la frase del gran político mexicano José Vasconcelos: “Por mi raza hablará el espíritu”. La frase se ajusta perfectamente al movimiento *woke*. Sus defensores creen que solo un miembro del grupo puede entender la historia, el arte o la psicología del grupo. Estamos ante un rechazo absoluto de la idea del universalismo occidental.

Ahora que está Trump en el poder, con la situación y el tratamiento de los migrantes, los efectos en la economía global, los cambios para la OTAN. ¿No parece lo *woke* una amenaza menor?

La razón para seguir fijándonos en ello es sencilla: lo *woke* es una amenaza existencial a las humanidades. Unas humanidades sin universalismo es un imposible. Se ve en antropología, en sociología, etcétera. Ahora parece que todo consiste en el estudio de uno mismo. Esto es un juicio, no es un hecho, obviamente. Pero considero que lo *woke* constituye una amenaza existencial a la cultura. Obviamente, no amenaza al capitalismo ni a muchas otras cosas.

Los *woke* se identifican como revolucionarios o comunistas o no sé qué. No importa: no van a dañar al capitalismo. Pero sí a la cultura. Y por eso lo *woke* va a sobrevivir a Trump. En 50 años tendremos un problema con lo *woke*. Esas ideas son muy poderosas, porque tienen también vínculos con otras ideas, con otros narcisismos en la cultura.

Tu libro sale justo cuando parece que el momento *woke* ha pasado.

Eso es una fantasía de los *antiwoke*. El problema con Trump es que ni él ni los militantes *antiwoke* dentro de MAGA, del movimiento Trump, del gobierno actual, al igual que figuras como Christopher Rufo, *think tanks* como Heritage o el American Enterprise Institute, se interesan por la cultura. Para ellos su valor es totalmente simbólico. Y entonces nunca van a poder oponerse a ideas culturales poderosas como lo *woke*, que aporta en un sentido esencial ideas sobre la cultura. Lo *woke* es un movimiento que repiensa la cultura y la identidad. Aunque fuera reelegido un candidato republicano a la presidencia estadounidense en 2028, no creo que eso cambiara. Como escritor o como intelectual, me interesan muchas cosas: la política internacional, por ejemplo. Pero como crítico cultural me parece que vamos a tener que enfrentarnos a lo *woke* en las próximas décadas.

Has señalado el subjetivismo y el elemento moral. ¿Cuál es la tercera dimensión del movimiento?

El movimiento *wellness*, el movimiento del bienestar. El narcisismo, el ombliguismo, ya existían antes de lo *woke* en Estados Unidos: siempre ha sido una fuerza poderosa en ese país, probablemente en todos los países que mi padre habría llamado posprotestantes.

Es llamativo que esa corriente nacida en la élite universitaria de países posprotestantes se extendió muy deprisa a lugares que en teoría no serían culturalmente tan similares.

Eso demuestra la hegemonía de la cultura estadounidense. Por mucho que se hable del fin del imperio estadounidense o del ascenso de China, que la obra de Judith Butler sea tan importante en una facultad de Johannesburg, de Madrid o de Río de Janeiro demuestra una continuidad de la hegemonía estadounidense: a pesar de todos los cambios, a pesar de China, a pesar de la Unión Europea, a pesar de los BRICS. Crecen varias culturas populares internacionales, pero todavía tienes una facultad en Holanda donde están leyendo a Judith Butler o Wendy Brown. El imperio sigue avanzando, a pesar de que la obra de Butler, en principio, es una crítica del imperio estadounidense.

Otra idea importante del libro es el triunfo de la metáfora. Se vuelve más importante que la realidad.

Sí, totalmente. Estamos en un momento histórico en la cultura, sobre todo, yo creo, en Occidente (e incluyo a América Latina en Occidente). En Asia y África es más complicado decirlo, pero creo que en Europa y en las Américas es un momento histórico histórico. La retórica está hinchada. Ante la tragedia de Gaza mucha gente habla de genocidio, y eso sería hablar de un genocidio real, de seres humanos. No es una metáfora. Pero hablar de genocidio cultural sí lo es, y estamos totalmente presos de la metáfora. Mi madre, Susan Sontag, escribió *La enfermedad y sus metáforas* y *El sida y sus metáforas*: son un argumento contra la metaforización del mundo. Pero creo que lo *woke* no ha triunfado por casualidad ni porque la gente se equivocara. Es ridículo, es como cuando los liberales o el centro izquierda, ante el triunfo de los populistas, dicen: “El pueblo se equivocó”. No, los populismos saben tomarse en serio los temores populares actuales. Y lo *woke* refleja nuestras ideas sobre la metaforización del mundo. Expresiones como “genocidio cultural” o que los trans digan que los que niegan la identidad trans, los *gender critical* como dicen en Reino Unido, quieren exterminar a los trans. No lo dicen en términos literales de matar a una persona; señalan que rechazar una declaración de identidad es una matanza espiritual.

Has mencionado a tu madre. Pero la influencia de tu padre, de su libro *El triunfo de lo terapéutico* y de sus ideas sobre lo traumático son importantes en *Deseo y destino*.

Tengo 73 años y he escrito sobre cuestiones alejadas de mis padres brillantes, distinguidos y monstruosos. He trabajado sobre temas que, en principio, no les interesaban mucho: las guerras, el asunto humanitario, la migración, la memoria. Ahora espero escribir un libro breve sobre Ucrania y otro sobre Argentina. Pero creo que el que quizá sea mi último libro importante tratará sobre el trauma. En el fondo psicológico de lo *woke*, de la política identitaria y de las confusiones de la época está la idea del trauma.

Así que, en la última parte de mi vida, me focalizo en temas sobre los cuales mis padres han escrito mucho. Y, en cierto sentido, este libro, o al menos mi idea del libro, es una síntesis entre los escritos de mi madre sobre la metaforización del mundo y el libro de mi padre sobre el triunfo de lo terapéutico.

Siempre he pensado que mis padres tenían más en común de lo que se piensa. Mi padre era de derechas, aunque antipopulista. Sus alumnos decían: “El profesor Rieff no vota porque no hay candidato monárquico”.

No quiero escribir mis memorias ni nada por el estilo. Acabo de leer el libro de Emmanuel Carrère sobre su madre. Le escribí: “No tengo un cuarto de tu talento, pero aunque lo tuviera nunca me atrevería a hacer un libro tan bueno, a poner mi vida en el espejo”. En *Un mar de muerte*, mi único libro “autobiográfico”, sobre la muerte de mi madre, hay muchas cosas que no conté. Pero sí quiero escribir este libro que digo. Se titulará *El triunfo de lo traumático*.

Has participado en el encuentro La Libertad de Vuelta, de *Letras Libres*, que conmemoraba los treinta años del Encuentro Vuelta. Y también era un debate sobre el liberalismo: sobre distintas versiones, sobre su situación en un mundo cada vez más autoritario. Tú has dicho un par de veces: “Yo no soy liberal”. Me acordaba de la autocaracterización de Daniel Bell, que se definía como socialdemócrata en economía, liberal en política y conservador en cultura. ¿Cómo te definirías tú?

Bueno, no estoy tan lejos de Bell. Y Bell es, simbólicamente, la inspiración de *Deseo y destino*. Le debo una gran parte de mi análisis sobre estos temas. Creo que, seguramente, soy conservador en cultura. Y obviamente este libro es un libro conservador. En términos de política, no sé. Soy antipopulista, pero no liberal. En términos económicos, no sé qué quiere decir socialdemócrata en la época de la inteligencia artificial, en esta nueva época del dominio de los ricos, una especie de neofeudalismo. Que uno se identifique como socialdemócrata o democristiano en estas condiciones... Estoy más del lado democristiano que del socialdemócrata, pero es más o menos, digamos, el centro político. No me interesan los partidos políticos y nunca he militado. Pero, bueno, digamos que, en España, creo que estaría más o menos a la derecha del PSOE o a la izquierda del PP.

¿Nunca te has visto como liberal?

Nunca. Para empezar, soy un pesimista cultural y siempre lo he sido. En el Encuentro alguien preguntó a los participantes en una de las mesas redondas qué libro pensaban que el público debería leer. Y salieron Karl Popper y John Locke y todos los dioses liberales en el sentido anglosajón. Si a mí me hubieran preguntado, habría contestado Cioran o Gómez Dávila. Siempre me ha convencido más el análisis de la derecha aristócrata que el del liberalismo. Y yo estaba muy vinculado con Cioran de joven y me influyó mucho.

No puedo ser ni liberal ni izquierdista porque, para ser liberal o izquierdista, hay que creer en el progreso. Y yo no creo en el progreso. Veo la historia como la veían los griegos, como un ciclo. En este sentido, hay una dimensión spengleriana en mi forma de ver las cosas, pero sin su idea de la decadencia, que me parece carente de interés.

No crees en esa idea de la decadencia.

Para mí es más un esnobismo que una idea. Aunque, obviamente, la derecha depende mucho de este punto de vista. En este sentido, tampoco puedo identificarme con la derecha. Pero, como me dijo mi amigo Edgardo Cozarinsky: “Objetivamente sos de derecha porque no tenés una posición política sino un antiutopismo vertebral”.

Y es verdad, el “hilo conductor”, entre comillas, de mi obra es el antiutopismo. Pero no quiero identificarme como alguien de derecha. Yo lo que digo es que soy un pesimista en el sentido auténtico del pesimismo. La gran mayoría de los pesimistas son, en realidad, optimistas decepcionados.

El único escritor con el cual conecto en ese sentido es John Gray. Ocupamos el mismo espacio. Nunca pasaría a la derecha como hizo Savater en España, o como hizo Mario Vargas Llosa, a quien admiro infinitamente. La decisión de algunos escritores liberales de mudarse hacia la derecha oficial es un error.

Porque, al hacerlo, estás diciendo: “El enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Y, para mí, el enemigo de mi enemigo sigue siendo mi enemigo.